



ALMANAQUE

:: FIFI ::

PARA

1923

Editorial Carceller.-Valencia

JUICIO DEL AÑO

¿Qué pasará el año próximo?
¡Vaya una cosa sencilla!
Eso lo sabe cualquiera,
cualquiera que no sea un lila
de esos que al ver una hermosa
con garbo, se escochinizan
y llaman, llenos de miedo,
al sereno o a un guindilla.
Según un sabio «tocólogo»,
el año que se avecina,
si Maura no pone poros
y don Millán se resigna,
será un año... como todos
los que por aquí se estilan.
Habrá políticos cacos,
toreros sin valentía;
cómicos sin voz ni voto;
comerciantes egoístas,
catedráticos sin ciencia,
descarados periodistas,
tenderos con mala sangre,
tobilleras humorísticas
que con más años que un loro
lucirán faldas cortitas
y el pelito a la romana
como si fueran chiquillas...
Habrá jamonas de buten,
inconsolables viuditas,
casadas muy postineras
de esas que a todos incitan
a darle un par de verónicas
al marido que las cuida;
y habrá ganso por ahí,
que sin pizca de codicia,
consentirá que le «adornen»
igual que a una res de lidia.
Pero lo que abundará,
por ser lo que hoy día priva,
es la mujer conquistable,

la hermosa sacerdotisa,
que rindiendo culto a «Venus»
también a «Mercurio» mima,
y sus más sublimes goces,
con gran cálculo cotizar
para bien de sus «caprichos»
y a veces... de sus «caprichas»...
También materia abundante
es la «heroica» cupletista,
que pasa del fregadero
al tablao donde se agita
en movimientos feroces
pa enseñar las pantorrillas,
y suelta el chorro de voz
que al tímpano mortifica
prostituyendo así el arte,
la persona y la familia...
No faltarán concejales
tan vivos como una ardilla,
que irán al Ayuntamiento
sin una gorda maldita,
y a los dos años tendrán
de su propiedad seis fincas.
Habrá clérigos amantes
de la alegre juerguecita,
y del amor más obscuro
que en el mundo se registra.
Habrá otros castos, puros,
y algunos tan alma mías,
que verán a las mujeres
y se harán la cruz de prisa
para que el demonio insano
no condene sus almitas.

En fin, el año que viene,
será un año sin malicia,
igual que los anteriores
de esta época bendita.

El Observador del 13



—No me toques la punta de la puya que te vas a cortar.

EL SUEÑO DE UN MARIDO

Juan Lanas

Ocho meses llevaba casado con aquella mujer tan bella como arpía, y cuenta que difícilmente habríala podido encontrar más hermosa el mismísimo Diógenes, si hubiérase tomado la molestia de buscarla con su linterna. Ocho meses que más que de matrimonio, podían llamarse de infierno, y creo que nunca se habrá empleado con mayor propiedad esta palabra.

Caprichosa hasta dejárselo de so-

bra, era Consuelo de esas mujeres que jamás encuentran la satisfacción de sus caprichos en nada de lo que sus maridos pueden proporcionarles.

¡Pobre Juan Lanas! ¡Pobre de mí!... ¿Paz? Nunca la hubo en mi casa, porque a pesar de que yo, desde el primer momento, habíame impuesto la penitencia de decir «amén» a cuanto oía de boca de mi esposa, de aquella falsa mujer que tantos juramentos me hiciera en días más venturosos, ella siempre encontraba motivos para injuriarme y no en verdad con las mejores palabras del diccionario castellano.

En fin, algunos de ustedes ya saben, por desgracia —¡por desgracia, sí!— lo que es una mujer cuando se propone «dar la lata» a un hombre bueno, como yo lo he sido en todos los instantes de mi vida.

Pero «he aquí —pensaba yo— la cruz que el Señor ha tenido a bien darme para ganar la gloria», y este pensamiento me hacía feliz en medio de mi desventura.



Habíame quedado profundamente dormido, y mi imaginación vagaba por mundos completamente desconocidos para mí hasta entonces. Mi figura, como la de quienes me acompañaban en aquel «viaje», había cambiado en un todo; no era la de un hombre, y menos la de un cuadrúpedo; consistía en «una especie de envoltorio» blanco, muy blanco, salpicado a trechos por unas manchas de diferentes tamaños: algo como un copo de nieve manchado del fango de la tierra, y pase la comparación...

Eramos almas, cuyos cuerpos habíanse quedado en este mundo, mientras nosotros, pobrecitas, teníamos que comparecer ante la presencia del Supremo Juez, quien, una vez juzgados nuestros actos, había de darnos nuestro merecido.



Llegó el momento solemne y, tras un minucioso examen llevado a cabo por un señor de largas barbas blancas y aspecto venerable, oyó una voz, la del Padre Eterno, que, dirigiéndose a mí, decía:

—Tú, al Limbo...

¡Pobre de mí! ¡Al Limbo yo, que con tanta resignación y paciencia había llevado en vida la cruz, creyendo hacerme acreedor a la gloria!...

En seguida otra voz más atiplada, y por cierto muy conocida para mí, me dijo:

—¡Juan Lamas habías de ser!...

¿Te convenes de cómo en todas partes te toman por un «primo»?

...Era mi mujer, que aquella mañana me daba los «buenos días» riñéndome, como de costumbre, porque la noche anterior le había entregado una peseta falsa, que me dieron con la vuelta de un duro en la tienda de comestibles de la esquina.

Federico G. RIGABERT

Cabos sueltos

—Adiós, Juanito. ¿Y tu casamiento?

—Lo he roto.

—¿Tú?

—Sí; mi futuro suegro quería



«El guarda».—Siempre te encuentro jugando a la comba y pidiendo «tocino»:

«La niña».—¡Ay! también pido «chorizo» también.

adquirir informes de mi conducta...

—¿Y eso te ha ofendido?

—No; pero sabía que hubiéramos tronado después de adquirirlos, y he preferido romper antes, por dignidad.



Entre dos cocineras:

—¿Tú con qué guisas, con manteca o con aceite?

—Yo... con gas.



—¿Cómo es eso, don Ramón? Reparo que usted cojea;

¿acaso algún tropezón?

—Sí, tropecé... en Dorotea.



cesitan indispensablemente dos condiciones:

»Primera: haber visto a todas las demás.

»Y segunda: no ver en adelante mas que a aquélla.»



En un examen de Gramática:
Maestro.—¿Cuál es el futuro del verbo robar?

Discípulo.—Ir a la cárcel.



Entre bastidores:

—Sí, querida: fué tan atrevido que me vi obligada a gritar.

—¡Infame!

—Entonces el pobre se deshizo en excusas, haciendo protestas de su respeto...

—¡Necio!

Chismes y cuentos

A un labrador que estaba otorgando su testamento, le preguntó el escribano, con ánimo de alargar todo lo posible el documento:

—¿Cuántos hijos tiene us ed?

—Cinco me viven y otros tantos se han muerto.

—¿Me quiere usted decir el nombre de los muertos?

El labrador, conociendo la idea, repuso maliciosamente:

—¡Ya lo creo!... En esta tierra, a los muertos, se les da el nombre de... difuntos!...

Pensamiento sacado del «Album» de un hombre de mundo:

«Para asegurar con fundamento a una mujer que a ninguna otra se amará, en lo sucesivo, se ne-



En una tertulia, cierta señora mayor dice, amonestando a unas jóvenes, cuya conversación se reduce a hablar de modas:

—Pero, hijas mías, ¿es posible que seais tan frívolas? ¡Sólo tratáis de frivolidades... de vestidos... de cintajos! ¡Hablad de cosas más elevadas!

—¡Tiene usted razón, señora! — responde, avergonzada, una de las muchachas.

Y volviéndose a sus amigas, añade:

—¡Sí! Tratemos de algo más elevado que los trajes. ¿Qué opináis de la nueva forma de los sombreros?



El colmo de la golosina:
Lamerle las manos a una señora que se llame Membrillo.



Una mujer galante no puede ser feliz con un solo amante, así como un sastre no puede vestir a un solo parroquiano. Esto le haría tener la mano torpe.



El suegro.—¡Buena ha dejado usted a mi hija con esas malhadadas operaciones financieras! ¿Y la dote? ¿Qué ha hecho usted de la dote?

El yerno.—Ya sabe usted que se invirtió entera en esa operación, y usted mismo me autorizó para dirigirla...

El suegro.—Para dirigirla, sí; pero no para digerirla.



DESPEDIDA

No sigas, pobre niña, sufriendo los rigores
que amargan la existencia de un loco soñador,
qué busca entre las rocas, para adornarte, flores,
y sólo en sus cantares demuestra sus amores,
y piensa que en el mundo se vive del amor.

No sigas al calvario. Ya ves cómo la anemia
invade poco a poco tu delicado ser;
esa sonrisa triste parece una blasfemia,
no sigas resignada tu vida de bohemia:
soy yo el culpable, y solo la debo padecer.

¡Perdóname! Soñaba brindarte una fortuna,
crear un paraíso para nosotros dos,
por un trono de plata subir hasta la luna,
amarte como nunca lo fué mujer alguna,
como en el cielo adoran los ángeles a Dios.

La prosa de la vida te aleja de mi lado,
brutalmente se impone la horrible realidad.
Si alguna vez recuerdas las cosas que han pasado
y piensas en el pobre poeta abandonado
ten para su memoria siquiera caridad.

No quiso él engañarte. Recuerda que tú fuiste
mi diosa, mi tesoro, mi inspiración; por ti
compuse los más bellos poemas, que aprendiste
en horas de alegría .. ¡figúrate qué triste
qué desolado y solo voy a encontrarme aquí!

Pero hay que ser formales; ¿no fuera una injusticia
cruel a mi destino quererte sujetar?

¡Adiós, mi compañera, mi encanto, mi delicia;
nuestra pasión matemos con la última caricia!

No llores... ¿por qué lloras?... ¿porque me ves llorar?

ALBERTO LOZANO.

LAS CUATRO ESTACIONES



INVIERNO

EL IDEAL



—Tengo ganas de encontrar un hombre bien malgastador que me deje sin camisa.

No sé cuál fué la causa de que yo tomase parte en aquella deliciosa expedición; creo recordar que cuando llegué a la Academia de esgrima, algunos amigos habían contado conmigo, y yo, que a nada sé negarme, prometí acompañarles, agradeciéndoles la delicada atención.

Los coches esperaban, y tras de apurar una botella de champagne, para hacer boca, emprendimos la marcha en busca de las señoritas que habían de tomar parte en la expedición, y que probablemente nos esperaban ya.

Las encontramos en el lugar convenido, y, después de la obligada presentación, nos colocamos de la manera más cómoda y en la más deliciosa amalgama. Recuerdo que frente a mí se sentó Marta, niña que tenía, a más de tipo agradable, don de gentes tal, que encantaba.

La carita diminuta; los ojos soñadores, rasgados y grandes; el cuerpo ágil, flexible, delgado y esbelto... No quiero recargar mucho la mano para evitar que los maliciosos crean que estoy enamorado, como un colegial, de esta ninfa pálida. Sólo no he de dejar en el tintero que Marta era francesa y que estaba dotada de ese carácter despreocupado que tan agradable hace a la mujer.



—¡Ay, qué ganas tengo de ser ama de cría!

Dándome la derecha, por equivocación, puesto que yo debiera dársela a él, iba un muchacho chileno, muy instruído y aficionado a viajar por todos los países del mundo en busca siempre de impresiones nuevas.

Preguntó Marta que a qué me dedicaba y el chileno se apresuró a contestarle que yo era un poeta de esos, que con terquedad que él aplaude, van a caza de gloria, buscando el lado más bello de las

cosas y huyendo siempre de la realidad!

Con tal motivo, hablamos de las Bellas Artes, sin distinción, y díjame gozo oír el sereno juicio con que Marta hablaba de los escritores, pintores y escultores, alemanes, ingleses y franceses, llegando en ocasiones a entusiasmarse y hasta a palmoear recordando las bellezas con que el genio sabe reves-



«La niñera».—No quiero tomarte al brazo, que eres demasiado mayor.

«El niño».—Más mayor eres tú y anoche estabas en brazos de papá.

tir las ideas. Poco habló de españoles, rogándonos que no se tomara a desaire la casi omisión, puesto que desconociendo en gran parte nuestro idioma sólo había leído el Quijote, en francés, del que hizo justo y entusiástico elogio.

Duró dos horas la marcha, que se pasaron en un vuelo, y llegamos a nuestro destino sin haber experimentado la menor molestia.

La noche (no sé si os he dicho



—Mi mujer no aportó al matrimonio mas que la firma que posee en el distrito de Chamberí.

—¡Ah, pues la mía tiene una finca en el Centro.

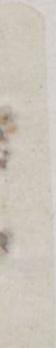


Ella.—A mí no me vengan ustedes con presunciones.

Uno.—Vamos, hombre, retira esas calabazas.

que era de noche y estábamos en el rigor del verano), era agradable y fresca, y mientras nos preparaban la comida en aquella especie de fonda pobre, corríamos por los alrededores de la casa, cantando y saltando, libres de las miradas de ese público que tanto molesta en las ciudades.

Cuando nos avisaron que podíamos cenar, nos dirigimos al destartado comedor resueltos a devorar la sabrosa comida, que resultó excelente gracias a las provisio-



LAS CUATRO ESTACIONES



PRIMAVERA

LAS CUATRO ESTACIONES



VERANO

cuentro bien», llegó a parecerme el «ora pro nobis» de letanía interminable.

Aunque era detestable y nadie lo quería, el chileno y yo determinamos tomar café, con objeto de darle a nuestro compañero algo que pudiera venir en alivio de su mal, y, en efecto, él, aprovechando las circunstancias, se apresuró a salir con Marta, que fué a remolque, y con los demás de la partida a tomar el fresco y a hablar... de las estrellas probablemente.

Por las anchas ventanas del comedor, desprovistas de cortinajes,

debió vernos Marta y oír la chispeante conversación que sostuvimos con las robustas Dulcineas que nos sirvieron el café, mientras celebraban con estrepitosas carcajadas cuanto se nos ocurría decirles. Allí hubiéramos pasado la noche entera si no nos avisaron de que los coches estaban enganchados, por ser hora de partir. Abandonamos el comedor y fuimos a ocupar nuestros respectivos asientos.

La conversación, llevada hábilmente por la deliciosa francesa, vino a recaer en el amor.

El chileno se vió obligado a ha-



— hica, ¿pues no estaba soñando que entre nosotras dos se había acostado un hombre?

— Debía llamarse Angel, porque en tu sueño no cesaba de decir: «¡Angel mio. Angel mio!»



«Tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe». Que verdad es este refrán. A mí ya me lo han roto tres veces!

cer la descripción del tipo que más le gustaba a su parecer.

Y estuvo elocuente y hasta creo que habló con apasionamiento, que jamás había notado en él.

—Para mí la mujer—dijo, levantando un poco la voz para que no perdiéramos palabra—, ha de ser pequeña, esbelta, ágil, vivaz; lo más humanamente femenino que

pueda concebirse, de cara agradable, aunque sin extraordinarias proporciones delicadas que le hagan parecer a una muñeca perfecta.

—¿Y con esto lo ha conseguido usted todo?—preguntó la francesa.

—Nada de eso; hablo de la materialidad; porque en la parte moral, para que mi ideal resulte perfecto, y esto es lo verdaderamente delicado, necesita encerrarse en ese cuerpecito «femenino» (una templanza de alma poco vulgar; mucha instrucción, percepción clara, viveza de ingenio; en una palabra: un espíritu alegre y culto).

Algo me queda que decir: en ese ser, más espíritu que carne, debe estar por cima de todas las buenas cualidades, la modestia.

Aquí hizo punto el chileno. La francesa quedó pensativa un momento, y levantando resueltamente la cabeza y dirigiéndose a mí:

—¿Y qué dice el poeta a todo esto?—preguntó.

—Que difícilmente pudieran encontrarse dos que piensen tan del mismo modo, como mi amigo y yo.

Hizo un gracioso gesto de incredulidad, y mirándonos fijamente:

—Creo—dijo—en la existencia de dos amores, uno de sentimiento y el otro de sensación, y yo, caballeros, disiento francamente de las ideas de ustedes y hasta me atrevo a asegurar que participo no poco

de mi opinión. Para mí el ideal en amor es la bestia bajo todas sus manifestaciones.

El chileno se mordió los labios; yo le di un significativo rodillazo y el «otro», respiró ruidosamente lleno de satisfacción.

El ideal de Marta había recordado la tranquilidad al oír aquella confesión.

R. R. L.

Cabos sueltos

Te van a dar en la boca, más besitos que en los pies al Cristo de mi parroquia.

* *

Refiriendo en un café con viva satisfacción los placeres de la guía, decía don Nicanor:

—¡Qué pavito nos comimos el día de la Ascensión!

Era una pieza soberbia y asada con tal primor, que ni siquiera dejamos el pellejo de un alón.

—¿Y cuántos eran ustedes a la mesa?

—Eramos dos, es decir, los necesarios: ¡Eramos el pavo y yo!

* *

Vió su ilusión realizada don Martín; con dos, al fin, fundó la casa «Martín y compañía», llamada. Por cuya razón un día que le vi con esos dos, así le saludé: —Adiós, «Don Martín y compañía.»



—¿Qué será que siempre que salimos juntas los hombres te hechan a ti piropos y a mí nadie me dice na? Cuarenta años atrás no pasaba eso.



—No me enseñes la lengua, monín, que el señorito
está al caer.

LAS CUATRO ESTACIONES



OTOÑO

SENOS

Los senos blancos de mi amada tienen
el sabor agridulce de las pomas:

Tienen los blancos senos de mi amada
el temblor virginal de las palomas:

Yo venero los senos de mi amada
como el fanal de una superstición:

De mi amada los senos yo venero
como un rosal del alma en floración.

Son fáciles los senos que yo adoro
en mí despiertan tan solo ansias de amar:

Los senos que yo adoro son tan fáciles!...
No excitan la pasión... Sólo el besar!...

¡Oh, senos blancos, fáciles, purísimos,
transparentes y tersos, de cristall!...

¡Oh, purísimos, blancos, senos fáciles,
que encerráis un poema virginal!..

Tengo el alma prendida en vuestro pico,
senos triunfales del jardín Amor...

En vuestro pico prendida tengo el alma...
¡Morded, morded suaves, senos en flor!...

JUAN B. BROCAL

¡Aquel beso!...

Fué una noche divina... majestuosa... Diríase que el cielo, con su hermosa luna llena y sus incontables estrellitas que parecían como átomos escapados de la gloria, impregnaban en las almas su candoroso poema...

Dirigíase, trémulo, a la reja donde quizá le esperaba la muñequita de sus ilusiones; temía llegar, pues con su llegada crecían los sufri-



«El».—No puedo remediarlo; el dulce me vuelve loco.

«Ella».—Ya sé que te gusta mucho la mermelada.

mientos de su angustiada alma. Hacía tres noches que estando a su vera, muy juntos, rozándose sus caras y fundiéndose sus alientos junto con sus corazones, sufrió, impasible, las ansias locas de besar que atormentaban su ardiente corazón.

Aquella noche, plétórico de febril deseo, temía el encontronazo de aquellas dos almas ansiosas de cariño y lo retardaba como si presagiase que iban a juntar sus labios en un ósculo de pasión, puro, feliz e interminable.

Llegó a la reja. ¡Qué hermoso estaba su amor aquella noche! Sus grandes ojos, de un azul pálido, su blonda y rizada, a la par que rubia cabellera, y su boquita rojiza, menudita y pediguña, parecían como imanes irresistibles que atraían sus labios hasta llegar al momento deseado... No se atrevió a dirigirle palabra; la contemplaba con arrobamiento, embelesado.

Ella tampoco dijo nada...; sólo musitó algunas palabras incoherentes. También gozaba en la contemplación del objeto amado. Parecía que los dos a un mismo tiempo deseaban lo mismo y lo rehuían...

En el silencio de la noche rasgó el espacio una voz fresca y varonil, que entonó la siguiente copla:

Los novios que no se besan
dicen que nunca se casan,
porque el beso es firme lazo
que ata muy fuerte a dos almas.

Se miraron... El no pudo resistir el encanto incitante de su mirada... y... sus labios, ansiosos de deseo, por entre los hierros de la reja se buscaron y se unieron en un fuerte e interminable beso que

quemó sus labios y cuyo chasquido repercutió en sus almas soñadoras, haciéndoles sentir la dicha inmensa y el goce supremo que experimentan las locas ansias de dos amantes...

Antonio MOMBLANCH.

Epigramas

Por mandato de Isabel,
a la que ciego adoraba,
a ver el corral bajaba
todos los días Manuel.
Mas cierta tarde volvió
y al hallarla con Antonio,
dijeron que se dió al demonio:
y que iracundo exclamó:
—Voy comprendiendo mi mal
y mi desgracia ya entiendo;
¡mala esposa! (ahora comprendo
por qué me echaba al corral).

Una joven bien criada,
pretende hallar acomodo;
advierte la interesada
que ella sirve para «todo».

Tras de la noche de boda
es costumbre singular
el preguntar a los novios:
—¿Qué tal la noche? ¿Qué tal?
Y a esa pregunta indiscreta,
hecha con tenacidad,
siempre dice el novio: «¡Bien!
Y la novia: —¡Regular!

Compras, Celia, del tendero,
la belleza de tu cara;

esta culpa te bastara
sin venderla por dinero.

Aunque si tú de la tienda
la compraste, y fué pagada,
belleza que fué comprada
no me admira que se venda.

Yo no digo que lo seas,
ni que lo dejes de ser;
pero con esos ojillos
me lo estás dando a entender.



—El señorito que no puede venir esta noche.

—Es igual; te vendrás tu conmigo.

La costumbre

Gabinete de madame Gabriela Stuars. Habitación amueblada con lujo sobrio y artístico, que acusa un espíritu metódico y refinado de mujer que vive sola. El estilo es el hombre; la casa es la mujer, toda la mujer.

Un criado (anunciando).—El señor de Roseline.

Gabriela (levantándose rápidamente).—¡Oh!... He aquí una visita que ya no esperaba recibir...

Roseline.—¡Qué sorpresa! ¿No es cierto?

G.—¡Cómo! ¿Es usted? ¡Des-

pués de dos años de ausencia!

R.—Tras otros dos durante los cuales estuve entrando aquí día por día. (Hincándole la rodilla en tierra.) ¿Me perdona usted?

G.—¡Todavía no!... Antes necesito recibir sus confesiones; después, veremos... (Conduciéndole hacia el sofá.) Siéntese usted, y hablemos; nadie vendrá a importunarnos... (Estrechándole una mano.) ¡Pobre amigo mío!... ¡Cuánto celebró volver a verte!...

R.—(alegre).—¿De veras? Pues he pasado por esta calle más de diez veces, y nunca me atreví a subir aquí.



—¡Qué franca soy! ¡A todos digo la verdad;
a todos descubro mi pechol

G.—Hizo usted mal, sabiendo cómo soy yo.

R.—Sí, pero... como mi conducta ha dejado bastante que desear...

G.—Realmente, desde que se casó usted todo terminó entre nosotros. Ni siquiera tuvo usted la atención de presentarme a su señora... En fin, no por eso le guardo a usted rencor: estas ingratitudes las tienen todos los hombres... (Sonriendo maliciosamente.) Y ¡qué! ¿Empieza a aburrirle a usted el matrimonio?...

R.—Algo de eso, hay.

G.—¿Mis predicciones, por tanto, van cumpliéndose?... ¡Era natural!... Su mujer, demasiado joven,

deseando conocerlo todo...; y usted, algo desencantado, reculando ante los apetitos de los veinte años y encontrando en la juventud, como en las frutas verdes, más acidez que dulzura.

R.—¡Sobre todo conservando vivo el recuerdo exquisito de ocho años de amor... pasados entre los brazos de una mujer excepcional...

G.(modesta).—Una mujer, por lo menos, que iba envejeciendo con usted, después de haber compartido sus horas de pasión y de locura.

R.—Y que, por tanto, siempre supo mantener el principal encanto de la vida: la intimidad de los espíritus.



—Es usted una mujer de peso.
—Pues mire, soy la tiple ligera.

G.—¿Acaso su mujer no tiene ingenio?

R.—No lo procura. Es una muñeca que sólo piensa en vestirse, y que se viste mal.

G.—Por lo visto, hay incompatibilidad de caracteres...

R.—Sí, desgraciadamente.

G. (maliciosa).—¿Y... en cuanto a lo demás?

R.—¡Oh!, Madame Roseline es fiel... No la creo capaz de cometer una villanía.

G.—Muchas gracias, en nombre de las pecadoras.

R.—¿La he ofendido a usted?

G.—No; al contrario, todo eso me divierte... (Ríe.)

R. (mirándola).—Pues diviértase usted. ¡Me gusta tanto verla reír!...

G.—¡Bah!... Una sonrisa de amiga antigua...

R.—¡No importa!... Yo podré haber cambiado; pero usted, no. Está usted espléndida, deslumbrante, como la mañana de un día primaveral... Y... ¿qué ha hecho usted desde que no hablamos?

G.—Ya lo ve usted... ¡Esperar-le!...

R.—Vamos, no vale burlarse.

G.—No me burlo. Recuerde usted nuestra última entrevista. Yo dije que antes de tres años volvería usted a buscarme, y, en efecto... aquí está usted.

R. (acercándose).—¡Y si supiera usted cómo traigo el corazón!... Usted es mi consolación; a usted debo los únicos momentos felices de mi vida, mis contados momentos de ensueño...; ensueño dulcísimo que ha quedado en mí como un perfume... Y es tan grato, tan dulce, hallarla a usted aquí, cual si nada hubiese sucedido, tan exquisita como el mismo recuerdo que

yo de usted conservaba... ¡y siempre mía!... (Se detiene mirándola inquieto.) «Siempre» dije... Perdóne usted. Había olvidado que hemos estado dos años separados, que usted es libre..., que acaso otro hombre... ¿Eh? ¿Es cierto?... Hable usted... Tengo miedo.

G.—No supe vengarme; pero... lo merecía usted...

R. (conmovido, acercándose más a ella y estrechando sus manos).—¿Es posible? ¡Me esperaba usted!...

G.—Míreme usted, y mire a mi alrededor.

R. (inspeccionándolo todo lentamente).—Los mismos muebles, los mismos «bibelots»; el cuadro no ha cambiado... Sí, es cierto: por aquí no ha pasado nadie... Es el «nido» de usted, el «nuestro»... Lo llamo así porque imagino tener algún derecho sobre todo esto. Es el templo íntimo, la capillita adonde diariamente venía a practicar mis devociones.

G. (indicando el sofá en que se hallan sentados).—¿Se acuerda usted?

R.—Sí; y de la mesita en que nos servían el té, a eso de las cinco..., cuando las sombras crepusculares comenzaban a invadir el gabinete y la conversación declinaba con el día... y sentíamos el amor en vez de hablarlo.

(Gabriela, sin responder, apoya un timbre.)

R. (Viendo entrar a un antiguo criado).—¡Hola, Pedro!... (Afectuosamente.) ¿Cómo está usted?

Pedro (casi cariñoso).— Bien; muchas gracias. ¿Y el señor?... ¡Cuánto me alegro de verle!...

R.—Yo también celebro mucho de verle a usted.

G. (a Pedro).—El té.

P.—¿Con «muselinas» para el señor, según costumbre?

R.—Sí, sí... es cierto... con «muselinas»...

P. (saliendo).—Y con unas gotitas de anís...

R. (soñador).—¡Como de costumbre!... ¡Quién diría que la felicidad depende de estos mil pequeños detalles!

G.—De este polvillo de satisfacciones esparcido en un ambiente que nos agrada. ¿Qué hora es?

R.—Las seis. Casi de noche.

G.—¡La noche!...

(Pedro reaparece y deja el servicio del té sobre un velador. Después se retira discretamente, sin dar luz.)

G. (después de un largo silencio).—¿En qué piensa usted?

R.—¡Ah!... Pienso que de todos los amores que pasan sobre el corazón, sólo uno puede atravesarlo de parte a parte. Creo que de todas las mujeres, legítimas o no, sólo una es realmente «la mujer»: la que penetra hasta la esencia misma de la vida, hasta las raíces del alma: empezó siendo la criatura inspiradora de toda pasión, y, luego, con el tiempo, se convierte en la compañera, la amiga...

G.—¿Y yo soy para usted esa mujer?

R.—Sí... El Destino es un gran componedor de tonterías. Allí, en mi casa, está el terreno de purgatorio que habré de laborar hasta mis últimos días; y aquí, el paraíso perdido definitivamente para el que

HISTORIETA MUDA (Por Muro)



ya no puede aspirar a ser el seductor de otros tiempos.

G.—¿Cree usted también haber cambiado a mis ojos?

R.—No, no; siento lo que digo, y comprendo que por mi culpa el ensueño es imposible.

G. (atrayéndole).—¡Ah, loco! Supongo que no irá usted a llorar... ¿Necesita usted la absolución completa? Vamos, siéntese usted sobre mis rodillas; así... más cerca... ¿Tiene usted miedo?

R. (turbado).—¡Hace tanto tiempo!

G.—Y la cabeza aquí, sobre el hombro de la consoladora, de la amiga, de la madre... y también de la amante. ¿Es usted feliz?

R.—Sí. ¿Cómo no?... Siento vuestro calor, vuestro aliento... y olvido todo, todo... bajo las caricias de esos labios...

G. (bajando la cabeza).—Tómalos...

R. (después de besarlos y como en éxtasis).—¡Ah! ¡Te adoro... com

toda mi alma!... ¡Tengo veinte años!...

G.—¡Ya lo ves!... (Con acento de alegría victoriosa.) Siéntese usted, caballero; el té está servido.

R. (volviendo a su sillón).—Y hay que beberlo caliente.

G.—Conozco muy bien vuestros gustos: tres pedacitos de azúcar y un poquito de anís... ¿No es eso?...

R.—Eso es.

(Mientras las sombras del crepúsculo van invadiendo el gabinete, los dos amigos se divierten recordando una pluralidad de lances diversos. Después, Roseline se levanta y coge su sombrero del sitio en que siempre lo puso. Gabriela le acompaña hasta la puerta, y, una vez allí, levanta la cabeza, ofreciéndole sus labios.)

G.—¿Hasta cuándo?

R. (tranquilo).—¿Hasta cuándo ha de ser?... Hasta mañana... ¡Como siempre!...

Miguel PROVINS



Editorial



Carceller

No encomane vosté nin-
gún treball d' imprenta
sinse avans demanar
presupost en esta casa

Se confeccionen llibres, revistes ilustraes, treballs co-
mercials, de fantasia, factures, talonaris, checs, billeta-
che de totes clases, modelasións pera ofisines públiques
y particulars, diaris y semanaris, etsétera.

Fotografat - - Bicolor - - Fotocolor - - Tricromía

Si vol modernitat, rapidés y baratura en
els impresos que nesesita, dirichiscas a la

Editorial Carceller

Unión Ferroviaria, n.º 3 (Gran Vía)-Valencia